



A marchar

Quienes en el pasado recurrían a las marchas y manifestaciones como mecanismo privilegiado de protesta y presión política hoy se oponen rotundamente a que se utilice este tipo de acción cívica y política contra los gobiernos emanados de la oposición; pero quienes hoy convocan a protestar contra la inseguridad y la incapacidad de los gobiernos para brindar la seguridad prometida son quienes en el pasado criticaban la movilización ciudadana. El país está vuelto de cabeza. Los progresistas de ayer son los conservadores de hoy y los reaccionarios de antaño luchan para proponer políticas más agresivas y transformadoras: ¿Quién entiende lo que nos está pasando?

La disputa en torno a la convocatoria a la marcha del próximo domingo 27 que partirá del Ángel de la Independencia hacia el Zócalo de la Ciudad de México ha tenido eco a todo lo largo y ancho del país. Las dos principales cadenas televisivas han priorizado en sus agendas informativas y políticas el tema de la seguridad y se han subido a la convocatoria ciudadana que seguramente reunirá a cientos de miles de personas para quienes la inseguridad se ha convertido ya en el principal problema nacional. Temas como la desigualdad social, la contaminación ambiental, la seguridad social, la educación, etc., han sido desplazados por la zozobra y el temor a ser víctimas de un robo o de un secuestro. La paranoia se ha apoderado de la sociedad mexicana y ello es un problema grave que amenaza con la parálisis y que nos pone ante el riesgo de una crisis de gobernabilidad.

El caldo de cultivo para el advenimiento de un mesías, un salvador se está cocinando. La salida demagógica, facilona y simplista es una tentación en un contexto electoral. Y no sólo me refiero al mesías del año 2006; sino a los aprendices de mago que pueden surgir de la noche a la mañana y que seguramente encontrarán seguidores entre la población agraviada y harta de la impunidad y la incapacidad gubernamental.

¿Qué hemos hecho de nuestro país que nos lleva incluso a avergonzarnos ante tantas acciones ruines y trágicas?, ¿dónde quedó la euforia por la culminación democrática del año 2000?, ¿por qué esa sensación de vacío al ver a nuestros gobernantes rebasados y al borde del llanto sin saber qué hacer?, ¿seremos capaces de acostumbrarnos a que todo queda impune y al final quienes se han adueñado del país nos obligan a emigrar o a resignarnos ante la sensación de que nada se puede hacer?

El asesinato del co-editor del semanario Zeta, Francisco Ortiz Franco, ha caído como un balde de agua helada sobre una ciudad y una ciudadanía que ve con tristeza y coraje como la muerte y la impunidad son dos estigmas con las cuales nos levantamos y llevamos con pesadumbre. No importan mil acciones positivas de cientos y miles de personas honestas y de buena fe que han llegado de todas partes del país y de otras latitudes cuando alguien es capaz de asesinar a mansalva a otra persona que va en compañía de sus hijos. La tristeza nos invade a todos y cunde el desánimo. Este tipo de acciones arteras nos hieren a todos y representan un verdadero atentado para la credibilidad de nuestras instituciones de las que con tanta dificultad hemos